

ALFAGUARA



Gay Talese

Los hijos

Traducción de Damià Alou

---

## 1.

En invierno la playa estaba fría y desolada, y la isla quedaba humedecida por las gélidas rociadas de las olas del océano que azotaban implacables los malecones de la playa, y las vigas cubiertas de algas que sustentaban las casas blancas situadas sobre las dunas crujían tan silenciosas como los cangrejos que reptaban a su lado.

El paseo marítimo, que en verano era un lugar festivo de parejas bronceadas y globos infantiles, de melodías de tiovivo y luces de colores que giraban por la noche en la noria, en invierno quedaba ocupado por centenares de gaviotas que se posaban sobre la barandilla de hierro encarada al viento. Cuando no descansaban, se pavoneaban delante de las puertas cerradas de las tiendas ahora vacías, o describían círculos por el cielo, con una almeja en el pico que pronto dejarían caer sobre el paseo marítimo con un ruido de salpicadura. A continuación bajaban en picado y se lanzaban sobre la carne expuesta, picoteando y tirando hasta que no quedaban más que las esquirlas irregulares, saladas y blancas de las conchas vacías.

A mitad de invierno, el paseo esparcido de conchas era un inmenso cementerio de almejas, y, desde lejos, el suelo plano, alargado y elevado del paseo marítimo parecía un portaaviones varado que sufriera el ataque de unos bombarderos suicidas; y en extraña yuxtaposición, en medio de la niebla, detrás de las dunas, asomaban los restos oxidados de lo que antaño fuera una esbelta embarcación de cuatro mástiles que durante una galerna, en el invierno de 1901, había encallado en aquella pequeña isla del sur de Nueva Jersey llamada Ocean City.

La embarcación de casco de acero, que exhibía una bandera británica y alardeaba de unos mástiles de treinta metros, navegaba con rumbo norte siguiendo la costa de Nueva Jersey en dirección a la ciudad de Nueva York, donde debía entregar un cargamento navideño valorado en un millón de dólares que había

recogido cinco meses antes en Kobe, Japón. Pero en mitad de la noche, mientras gran parte de la tripulación se emborrachaba de ron y cerveza en un brindis prematuro por el final del largo viaje, se desató una terrible tormenta y destruyó las velas del barco, partió los mástiles y lo empujó a una barra de arena a menos de cien metros del paseo marítimo de Ocean City.

Despertados por los cohetes de señales que centelleaban en la noche, los alarmados residentes de Ocean City —una comunidad conservadora fundada en 1879 por pastores metodistas y otros prohibicionistas que deseaban fundar una isla de abstinencia y decoro— corrieron para socorrer a los marineros, y pronto descubrieron que se hallaban un tanto maltrechos, pero por lo general ilesos, apestando a sudor, agua salada y alcohol.

Después de haber acompañado a la orilla a los treinta y tres hombres de la tripulación, les dieron refugio y los alimentaron durante días bajo los auspicios de los abstemios ancianos y las esposas de los pastores de la población; y mientras los marineros expresaban su gratitud por dicha hospitalidad, en privado maldecían su destino por haber naufragado en una isla tan sobria y tranquila. Pero las autoridades náuticas británicas pronto los reubicaron, y todo lo que se pudo salvar del cargamento se transportó a Nueva York en barcazas, donde se vendió a precio de saldo. Y la población regresó al tedio invernal.

Sin embargo, la enorme embarcación permaneció para siempre alojada en aquella arena suave y blanca: inamovible, hundiéndose poco a poco, una imagen que recordaba diariamente a los píos guardianes de Ocean City las nefastas consecuencias de la intemperancia. Pero cuando yo era niño, a finales de la década de 1930, más de tres décadas después del naufragio —cuando, con la marea baja, los restos visibles consistían tan solo en el borde de la cubierta superior incrustado de percebes, la corroída barra del timón y un único mástil torcido—, consideraba aquella embarcación como símbolo de la aventura y el riesgo; y durante mi infancia, mientras paseaba por la playa, me quedaba embelesado con exóticas fantasías de noches en puertos extranjeros, combatiendo las olas y el viento en compañía de hombres disolutos, escapando a los rígidos confines de aquella isla en la que había nacido y donde nunca acababa de encontrarme a gusto.

Me veía como un forastero, un extranjero, un vagabundo que, al igual que los marineros del naufragio, había llegado allí por accidente. Me sentía distinto de mis amigos en casi todo: diferente en el corte de la ropa, la comida que llevaba en la fiambarrera, la música que oía en el tocadiscos de mi casa, las ideas y los pensamientos más íntimos que revelaba en aquellas raras ocasiones en que me mostraba abierto y honesto.

Era de piel oliva acera en una población de gente pecosa, y ni siquiera me sentía emparentado con mis progenitores, sobre todo mi padre, que ciertamente era un extranjero: un hombre singular en su actitud y su manera de vestir, al que no me parecía nada y con el que nunca me pude identificar. Esbelto y elegante, de pelo ondulado y oscuro y un bigotillo color teja, mi padre hablaba inglés con acento y recibía cartas con unos sellos de aspecto extraño.

Las cartas a veces contenían fotografías de soldados que llevaban un uniforme con insignias y charreteras que no se parecían en nada a las que había visto en los carteles de reclutamiento que cubrían la isla. Eran mis tíos y mis primos, me explicó un día mi padre a principios de la Segunda Guerra Mundial, cuando yo tenía diez años; combatían en el ejército italiano, y —era innecesario que lo añadiera— entre sus enemigos se hallaba el gobierno de los Estados Unidos.

Cada semana, cuando veía el noticiario en el cine local, aquel hecho me inquietaba cada vez más; junto a mis compañeros de clase, que nada sabían, contemplaba con íntimo horror la destrucción, por parte de los bombarderos aliados, de pueblos de montaña y ciudades del sur de Italia con los que estaba emparentado a través de una relación históricamente inoportuna con mi padre italiano. Casi esperaba ver en la pantalla, en cualquier momento, mirándome desde un camión del ejército de los Estados Unidos cubierto de polvo y lleno de prisioneros italianos de pelo alborotado inmovilizados a punta de rifle, alguna triste cara que pudiera identificar con alguna de las fotografías de mi padre.

Por otro lado, mi padre, durante los años de la guerra, no pareció compartir mi confusa idea del patriotismo. Formaba parte de un comité de ciudadanos que patrullaba la costa y que de noche hacía guardia en el muelle. Vigilaban con binoculares bajo las faro-

las del paseo marítimo, que en el lado del océano estaban pintadas de negro para que no las descubrieran los submarinos enemigos.

Apareció en los titulares del periódico local después de pronunciar un aclamado discurso en el Rotary Club en el que reafirmó su lealtad a la causa aliada, declarando que si no fuera demasiado mayor para ir a combatir (tenía treinta y nueve años), probablemente ya formaría parte de las tropas estadounidenses que estaban en el frente, enfundado en un uniforme cortado y cosido de manera entusiasta por sus propias manos.

En su pueblo natal había aprendido el oficio trabajando con un sastre, y posteriormente había sido ayudante de cortador en una importante tienda de París donde trabajaba un primo suyo italiano mayor que él. Mi padre había llegado a Ocean City en 1922 de manera impulsiva, tras un viaje accidentado, a la edad de dieciocho, con muy poco dinero, un amplio guardarropa, y el aspecto de un hombre que sabía exactamente adónde iba, cosa que, de hecho, no podía estar más lejos de la verdad. No conocía a nadie en la ciudad, apenas hablaba el idioma, y sin embargo, con una seguridad en sí mismo que siempre me ha desconcertado, se adaptó a esta isla singular con la misma facilidad con que podía cortar tela de cualquier talla y forma.

Tras fijarse en un cartel de «Se vende» en el escaparate de una sastrería del centro de la ciudad, mi padre se acercó al asmático propietario, que estaba desesperado por abandonar la isla en busca del clima más seco de Arizona. Tras una breve negociación, mi padre adquirió el negocio, comenzando así una prolongada y ardiente campaña para llevar la moda desenfadada que solía verse por los bulevares del Continente a los hombres relativamente continentales de la costa del sur de Jersey.

Pero después de decorar sus escaparates con maniqués de cara larga, que llevaban un cigarrillo en la mano y un borsalino en la cabeza, y cubrir sus mostradores con rollos de exquisitas telas importadas —y exhibir en las paredes un emblema tan presumiblemente convincente como el diploma de su maestro francés franqueado de querubines y una diosa griega— mi padre vendió tan poco durante el primer año que finalmente se vio obligado a introducir en su tienda un truco muy poco digno llamado el Club del Traje.

Al precio de un dólar por semana, los miembros del Club del Traje imprimían sus nombres y direcciones en unas tarjetitas blancas, las cuales, después de colocarlas en un sobre sin marcar, se depositaban en un jarrón grande y opaco colocado de manera prominente sobre una mesa cubierta de terciopelo situada junto a una fotografía publicitaria en la que se veía a un hombre y una mujer muy atildados posando con un galgo en la pradera de una recargada casa solariega.

Cada viernes por la noche, justo antes de la hora de cerrar, mi padre invitaba a uno de los miembros allí reunidos del Club del Traje a cerrar los ojos y sacar un sobre del jarrón, que revelaba al afortunado ganador de un traje gratis, que sería cosido con la tela que seleccionara ese individuo; tras probárselo dos veces, al cabo de una semana ya podría llevarlo.

Puesto que pronto hasta trescientas y cuatrocientas personas pagaban un dólar cada semana para participar en esa rifa, mi padre ganaba con cada traje gratuito un beneficio que quizá ascendía al triple del coste medio de un traje hecho a medida en aquellos días, por no hablar del dinero adicional que obtenía cuando tentaba al ganador masculino a comprar unos pantalones extra a juego.

Pero la bonanza de mi padre terminó abruptamente un día de 1928, cuando alguien —posiblemente un sastre rival— envió una queja anónima al ayuntamiento, afirmando que el Club del Traje era una forma encubierta de juego claramente ilegal según los estatutos de la ciudad; así acabó para siempre el compromiso a tiempo completo de mi padre con la vida respetable pero precaria de un artista de la aguja y el hilo. Mi padre *no* había descendido de una montaña empobrecida del sur de Italia y renunciado a las luces esplendorosas de los escaparates de París para, tras navegar miles de millas hasta las costas más oportunistas de los Estados Unidos, acabar como un sastre pobre en Ocean City, Nueva Jersey.

Así que se diversificó. Se anunció como un peletero de señoras capaz de transformar o remodelar abrigos viejos y proporcionar relucientes abrigos nuevos (que le proporcionaba en consignación un inmigrante ruso judío que residía en la vecina Atlantic City), y amplió su tienda para dar cabida a un almacén de pieles

refrigerado, alargando la parte de atrás del edificio para incluir una tintorería supervisada por un diácono baptista negro que durante la Prohibición también llevaba un pequeño negocio de tráfico de licores. Posteriormente, en la década de 1930, mi padre añadió una *boutique* para señoras, y tuvo como socia y esposa a una mujer de buenas medidas que antaño había trabajado de encargada de compras en unos grandes almacenes de Brooklyn.

La conoció en una boda italiana celebrada en aquel barrio en diciembre de 1927. Ella era dama de honor, una mujer elegante y esbelta de veinte años, de ojos oscuros y de tez clara y un estilo que mi padre inmediatamente reconoció como femenino y agradable. Después de unos cuantos bailes en la recepción, bajo la atenta mirada de los padres de ella y la mirada ceñuda del saxofonista de la banda, con el que ella había salido hacía poco en una discreta cita doble, mi padre decidió aplazar su marcha de Brooklyn por un día o dos para poder congraciarse con ella. Y lo hizo con tanta gracia que al cabo de un año estaban prometidos, y seis meses después se casaron tras comprar una casita blanca cerca de la playa de Ocean City, donde, en el invierno de 1932, yo nací, despertándome cada mañana con el olor del café expreso y el rugido de las olas.

El primer recuerdo que tengo de mi madre es el de una figura solitaria y distinguida que pasea entre el viento del paseo marítimo empujando un cochecito de niño con una mano mientras con la otra mantiene en equilibrio un sombrero con plumas, de los que entonces estaban de moda, para que no se incline ante el ímpetu del viento.

A medida que iba creciendo averigüé que era una mujer que le daba mucha importancia a la pulcritud en el aspecto, a que la ropa sentara perfectamente y las costuras estuvieran rectas; y, excepto cuando se colocaba sobre un pedestal de la tienda, mientras mi padre le tomaba las medidas para un vestido nuevo, prefería mantenerse a distancia de los demás, conversar con los clientes con el mostrador de por medio y comunicarse con sus amigos más por teléfono que en persona. En las infrecuentes ocasiones en que sus parientes del Brooklyn venían a visitarnos, observaba lo rápidamente que apartaba el rostro tras ofrecer la mejilla para un beso de saludo. En una ocasión, antes de que yo fuera a la escuela, y mien-

---

tras la acompañaba a un recado, intenté cogerle la mano, y metí la mía en el bolsillo de su abrigo no solo por el calor, sino para sentir más cerca su presencia. Pero cuando intenté cogerle la mano, ella, con amabilidad pero con firmeza, la apartó.

Parecía incapaz de mantener contacto íntimo con nadie que no fuera mi padre, al que sin duda adoraba hasta el punto de excluir a todos los demás; y durante toda mi infancia me quedó la impresión de que era una especie de huérfano bajo la custodia de una pareja compatible cuya manera de vivir resultaba extraña y desconcertante.

Una noche, mientras cenábamos, de manera despreocupada cogí una hogaza de pan italiano y la coloqué boca abajo en el cesto. Mi padre se puso furioso y, sin más explicaciones, colocó la hogaza en posición correcta y me exigió que aquello no volviera a repetirse. Cada vez que íbamos al cine juntos nos salíamos antes del final, posiblemente por la incapacidad o nula disposición de mis padres para sintonizar con lo que contaba la película, ya fuera un drama o una comedia. Y aunque mis padres pasaron toda su vida de casados viviendo junto al mar, nunca los vi navegar, pescar ni nadar, y casi nunca se aventuraban a ir ni siquiera a la playa.

En el caso de mi madre, sospecho que evitaba la playa porque no quería que el sol quemara y oscureciera su tez clara. Pero yo creo que la aversión de mi padre al mar se basaba en algo más profundo, más complejo, algo relacionado con su infancia en el sur de Italia. Lo sugiero porque a menudo le oía referirse a la costa de esa región como un lugar de mal agüero y poblado de malaria, un lugar de piratería e invasiones; y como ávido lector de la mitología griega —mi padre nació no lejos de la renombrada roca de Escila, donde el monstruo marino homérico devoró a los marineros que habían huido del remolino de Caribdis—, mi padre era propenso a asignar un significado quimérico a sucesos estrafalarios e inexplicables ocurridos durante su juventud en los ríos y lagos que se veían desde su aldea.

Cuando tenía once o doce años, recuerdo haber oído a mi padre quejarse a mi madre de que acababa de pasar la noche en blanco porque le habían molestado los ruidos de la playa, pues le recordaban el aullido —lejano pero nítido— de los lobos, y también una terrible noche de 1914 en la que todo el pueblo se desper-



---

tó por culpa de esos sonidos; y cuando los aldeanos fueron a averiguar la causa, descubrieron que las aguas azules de su lago eran ahora de un rojo turbio.

Mi padre le explicó a mi madre que aquello no había presagiado nada bueno: su padre había muerto de manera inesperada por culpa de una enfermedad mal diagnosticada, y la sangrienta guerra mundial había destruido las vidas de muchísimos de sus jóvenes compatriotas, entre ellos su hermano mayor.

Yo también había oído en Ocean City, por las noches, lo que parecían lobos resonando sobre las dunas de arena; pero sabía que en realidad eran perros extraviados, parte de la enorme población de mascotas mal alimentadas y perros guardianes abandonados cada otoño por los comerciantes y turistas llegados en verano durante los peores años de la Depresión, cuando el refugio de animales de la ciudad andaba escaso de personal o estaba completamente cerrado.

En la época de la Depresión, incluso en verano los perros deambulaban libremente por el paseo marítimo, mezclándose con el escaso número de turistas que paseaban arriba y abajo, pasando junto a los restaurantes cuyas mesas estaban casi todas desocupadas, el quiosco de música que había delante del pabellón, ahora en silencio, y los caballos de madera del tiiovivo, en el que ahora no montaba nadie.

Mi madre detestaba la visión y el olor de aquellos perros; y como si su desaprobación despertara los peores instintos de los canes, la seguían a todas partes. Poco después de salir de nuestra casa para acompañarme a la escuela, y antes de que recorriera una milla a través de calles desiertas hasta la tienda donde trabajaba con mi padre, los perros aparecían detrás de las cercas y los patios poblados de malezas y seguían su estela varios pasos por detrás en un suave trotecillo, gañendo y gimiendo suavemente, o gruñendo o jadeando con la lengua fuera.

Aunque había unos cuantos pointers y terriers, spaniels y beagles, la mayoría eran chuchos de todas las razas y colores, y ninguno de ellos parecía en lo más mínimo intimidado por mi madre, ni siquiera cuando ella se volvía bruscamente y, tras lanzarles una mirada iracunda, intentaba espantarlos con un amplio gesto de la mano derecha. Nunca la atacaron ni se le acercaron lo bastante

como para mordisquearle los tacones altos; era sobre todo un juego de dominio territorial que cada mañana jugaban con ella. En el invierno de 1940 los perros habían vencido de manera definitiva.

En aquella época mi madre cuidaba a su segundo y último hijo: una niña que tenía cuatro años menos que yo; y creo que la responsabilidad diaria de criar a los hijos, ayudar en la tienda, y verse perseguida, incluso cuando sus hijos la acompañaban, por ese séquito irregular de perros —algunos se detenían a menudo para copular en la calle mientras mi hermana y yo los mirábamos sobrecogidos de asombro— impulsó a mi madre a pedirle a mi padre que vendiera nuestra casa del aislado extremo norte de la isla y nos trasladáramos al más populoso centro de la ciudad.

Mi padre lo hizo sin vacilar, aunque el deprimido mercado inmobiliario de la época le obligó a vender a un precio desfavorable. Pero también se benefició de esas condiciones al obtener una ganga en la calle principal de Ocean City: un gran edificio de ladrillo que anteriormente había albergado las oficinas de un semanario que había quedado absorbido en una fusión. La espaciosa primera planta del edificio, con sus techos altos y su balcón, sus gruesos muros y su profundo interior, su anexo y su aparcamiento, proporcionaba espacio más que suficiente para las diversas empresas de mi padre: la tienda de ropa y el servicio de tintorería, el depósito de pieles y la sastrería.

Sin embargo, más importante para mi madre era la planta vacía del edificio: una zona abierta grande con un salón de baile que se convertiría en un apartamento que le proporcionaría una conveniente proximidad a mi padre y la opción de mantenerse a distancia de cualquiera cuando así lo deseara. Puesto que ella decoró ese espacio de acuerdo con su máxima de que una vivienda ha de diseñarse no tanto para habitarla como para que la gente la admire, mi hermana y yo pronto nos encontramos residiendo en un domicilio que era, en esencia, una extensa sala de muestras. Estaba iluminada por arañas de luces y velas esculpidas en candelabros de plata, y contenía diversas mesitas bajas de mármol con patas de bronce en forma de garra, todas ellas rodeadas de sofás y butacas de terciopelo que daban confort y gusto, pero que también transmitían el mensaje de que si mi hermana y yo nos tomábamos alguna vez la libertad de recostarnos sobre sus cojines y almohadas, al levantarnos deberíamos

---

procurar no dejarlos arrugados ni desperdigados, ni siquiera en ángulos asimétricos en relación con los brazos.

No solo mi padre no puso ninguna objeción a ese maniático ambiente decorativo, sino que incluso lo acentuó instalando en el apartamento varios grandes espejos que doblaba la impresión de casi todo lo que estaba a la vista, y también ocultaban, en la parte de atrás del apartamento, la existencia de tres remedos de dormitorio que por alguna razón mis padres preferían no reconocer.

Cada dormitorio quedaba encerrado de manera separada dentro de un tabique de poco más de tres metros de alto y forma de L que en su parte interior estaba cubierto de estanterías y armarios, y en la exterior cubierto completamente de espejos. Todo lo que se ganaba con esta disposición se perdía cada vez que un visitante chocaba con un espejo. Y aunque no recuerdo haber sido nunca testigo involuntario de la intimidad de mis padres, sé que, por lo demás, en esa doméstica sala de espejos casi nunca, como familia, nos perdíamos de vista el uno al otro.

Lo que más me incomodaba eran aquellos momentos en los que, al entrar en el apartamento sin previo aviso después de la escuela, veía reflejada en un espejo, delante de una pequeña hornacina, la cabeza gacha de mi padre mientras permanecía arrodillado sobre el terciopelo rojo de un reclinatorio situado delante de un retrato colgado en la pared en el que se veía a un monje medieval barbudo y enfundado en una túnica marrón. El monje tenía la cara demacrada, los labios parecían resecos, y permanecía sobre una roca calzado con sandalias y con un báculo en equilibrio en el brazo derecho; sus ojos sombríos miraban hacia lo alto, como si buscara alivio celestial de los pecados que lo rodeaban.

Desde mi más tierna juventud había oído repetir a mi padre una y otra vez relatos asombrosos acerca de ese monje que, en el siglo xv y en el sur de Italia, había obrado diversos milagros: San Francisco de Paula. Había curado a los cojos y revivido a los muertos; había multiplicado la comida y levitado; y con las manos había impedido que grandes rocas cayeran de la montaña sobre las aldeas; y un día, en su ermita, después de que una atractiva joven lo tentara a romper el celibato, se había retirado apresuradamente y saltado a un río helado para apagar la pasión.

---

El rechazo del placer, la renuncia a la belleza y los valores mundanos habían dominado la vida de San Francisco, recalca mi padre, añadiendo que Francisco, de niño, había dormido sobre piedras en una gruta cerca de la aldea donde mi padre había nacido; Francisco había ayunado y rezado y se había flagelado, y finalmente había fundado un credo de piedad y devoción severísimas que todavía persiste hasta el día de hoy en el sur de Italia, casi seiscientos años después del nacimiento del santo.

Yo mismo había visto otros retratos de San Francisco en Filadelfia, en las casas de algunos de los amigos italianos de mi padre a los que visitábamos ocasionalmente los domingos por la tarde; y aunque nunca puse en duda abiertamente la veracidad de las proezas de Francisco, nunca me sentía cómodo después de haber subido los numerosos peldaños de la escalera privada que conducía al apartamento y haber abierto la puerta de la sala para encontrarme a mi padre arrodillado y rezando delante de esa pintura al óleo casi grotesca de una figura santa cuya aura sugería dolor y desesperación.

Rezar era para mí o bien un acto privado presenciado exclusivamente por Dios, o bien un acto público llevado a cabo por la congregación o por mí y mis compañeros de clase en la escuela religiosa. No me parecía apropiado para el salón familiar, pues entonces se convertía en un acto en el que yo, como observador no participante, me sentía de repente como un intruso, un intruso atrapado en un espacio espiritual, un joven que se sentía violento porque no se atrevía a interrumpir la meditación de su padre anunciando su presencia. Y sin embargo, no podía retirarme de la habitación discretamente, ni permanecer allí como si aquello no me afectara o incluso me asustara, escondido tras la pared, escuchando durante aquellos años de la guerra de la década de 1940 las palabras que susurraba mi padre mientras pretendía que San Francisco le concediera nada menos que un milagro.

---

## 2.

Aparte de sus actividades patrióticas con la patrulla costera de Ocean City durante la Segunda Guerra Mundial y sus discursos proamericanos en el Rotary Club de la ciudad, que pronto le elegiría presidente, mi padre se sentía calladamente aterrado por la exitosa invasión de Sicilia por parte de las fuerzas aliadas en 1943, y su inevitable plan de desplazarse hacia la península italiana para combatir a las tropas nazis y fascistas acampadas en aquella región meridional donde él había nacido.

Su madre viuda todavía habitaba la antigua casa de piedra de la familia Talese situada en las colinas, en compañía de casi toda la parentela de mi padre, excepto los que combatían en el frente, conchabados con los alemanes contra los bombarderos y las unidades de infantería aliada en pleno avance.

La parte más meridional de Italia era prácticamente indefendible, me reconocía mi padre durante el desayuno después de leer la noticia de la caída de Sicilia en *The New York Times*; era la punta frágil de la bota italiana, una zona abierta donde las tierras de labranza en pendiente y las colinas escarpadas descendían desde los picos más altos del norte y quedaban rodeadas casi por completo de masas de agua desprotegidas. Al este se encontraba el mar Jónico, al oeste el Tirreno, y al suroeste el estrecho de Mesina, que apenas separaba la punta sur de Italia de la isla de Sicilia.

Aunque el pueblo de mi padre —Maida— se hallaba a cien kilómetros al noreste de Mesina, su situación era precaria. Las curvas de la costa del mar Jónico y Tirreno se adentraban profundamente en la tierra, hasta tal punto que los tres mil quinientos habitantes de la población de Maida se apiñaban en casas de piedra beige en el interior rocoso de la parte más estrecha de Italia. La distancia entre las dos costas la podía cruzar un motorista en poco

más de una hora; y para que Maida todavía resultara más vulnerable a la invasión, dijo mi padre, había una ancha meseta debajo de su pendiente occidental que serviría como pasillo o zona de ataque para gran número de tropas que se desplazaran con un pesado equipo. De hecho, esa tierra ya había sido escenario de una brutal batalla entre los soldados de Francia e Inglaterra durante la época de Napoleón Bonaparte.

Había ocurrido una calurosa mañana de julio de 1806, dijo mi padre, cuyo relato de la historia iba siempre acompañado de detalles precisos; ocurrió después del desembarco sorpresa de más de cinco mil tropas británicas en la costa de guijarros del mar Tirreno, en el borde exterior de la meseta de Maida.

Las tropas británicas las lideraba un osado oficial nacido en los Estados Unidos y nativo de Georgia: el general John Stuart, cuyos padres, terratenientes en América del Sur, habían permanecido leales a la corona durante la Revolución americana. Después de su regreso a Inglaterra, el joven Stuart fue nombrado oficial británico en 1778. En 1780 participó en el asedio de Charleston, Carolina del Sur; posteriormente en la invasión de Carolina del Norte y finalmente la de Virginia, donde, gravemente heridos, él y otras unidades de los casacas rojas bajo el mando de Lord Cornwallis se rindieron a los americanos en Yorktown en 1781.

Después de recuperarse de las heridas y regresar a Inglaterra, Stuart reemprendió su carrera militar, que durante las décadas siguientes lo llevó a comandar regimientos, brigadas y divisiones británicas entre Flandes y Alejandría, en un conflicto casi constante con los franceses, conflicto que culminó, tras zarpar con sus tropas en Sicilia y pasar la roca de Escila hacia el norte en dirección a esa meseta, en la batalla de Maida de 1806.

En 1806 la península italiana permanecía en buena parte bajo el influjo del emperador Napoleón Bonaparte, algo que no desagradaba a un gran porcentaje de Italia. Como mi padre decía a menudo, los italianos consideraban a Napoleón más italiano que francés porque descendía de una familia que había emigrado del norte de Italia a Córcega cuando aquella isla estaba gobernada por la República italiana de Génova, la cual, a pesar de las protestas de muchos corsos, la cedió a Francia poco antes del nacimiento de Napoleón en Córcega en 1769.

Entre los agitadores corsos antifranceses de esa época se encontraba el padre de Napoleón, que acabó resignándose a la ocupación francesa de la isla solo después de que el líder de la resistencia corsa se viera obligado a huir. Como resultado de la posterior cooperación y politiquero de su padre con la administración francesa, el joven Napoleón consiguió salir de Córcega y recibir los beneficios de una educación superior en la Francia continental. Sin embargo, durante sus años escolares y su veloz ascenso dentro del ejército francés, Napoleón siguió deletreando su apellido al estilo italiano, «Buonaparte», incluso después de que lo nombraran general de brigada en 1793, a la edad de veinticuatro años.

Fue ese mismo año cuando el oficial británico John Stuart ascendió a teniente coronel, a los treinta cuatro años; pero, como mi padre señalaba, era mucho más difícil ascender dentro del cuerpo de oficiales británicos que entre los oficiales franceses, porque Francia estaba inmersa en su Reino del Terror, lo que provocaba frecuentes vacantes en la cúpula del ejército francés debido a las numerosas deserciones, expulsiones e incluso ejecuciones de oficiales franceses aristócratas.

Fue durante ese mismo año de 1793, de hecho, cuando los franceses decapitaron al rey Luis XVI y a su mujer, María Antonieta. Aquello horrorizó a los reyes de todo el mundo, pero se lloró de una manera más personal en el palacio de Nápoles, la capital del reino del sur de Italia, donde el trono estaba ocupado por la reina María Carolina (hermana de la guillotizada María Antonieta) y el rey Borbón Fernando, miembro de una rama de la misma dinastía que el rey francés caído.

En Nápoles, además de tristeza y cólera, reinaba también un fuerte sentimiento de inseguridad entre la élite gobernante del reino del sur de Italia, pues no ignoraban que en Maida, al igual que en decenas de otros pueblos, sociedades secretas revolucionarias maquinaban derrocar a las privilegiadas familias que habían gobernado las colinas y tierras de labranza desde que los conquistadores normandos llevaran el feudalismo al sur de Italia en el siglo XI.

Mi padre me dijo que a principios del siglo XX todavía seguía en pie un castillo normando construido en Maida en el siglo XI; y a pesar de su estado destartado, cuando era niño todavía se

utilizaba veces como cárcel mientras el acusado esperaba que lo trasladaran a otra prisión más grande. Pero la mazmorra del castillo también sirvió para recordarle a mi padre lo arraigada que estaba la mentalidad medieval en su tierra nativa, y hasta qué punto seguían vigentes algunos de sus métodos arcaicos. De hecho, el valle de Maida, donde en 1806 tendría lugar la batalla entre los mosqueteros de Napoleón y los invasores de Stuart —los británicos ganaron la contienda después de cuatro días feroces, y posteriormente lo conmemoraron poniéndole a un distrito de West London el nombre de Maida Vale, por el pueblo de mi padre—, sin duda se había empapado de la sangre de dos mil años de guerra, si nos remontábamos a los días de las cuadrigas romanas y los elefantes de Aníbal, de los salvajes jinetes magiares y los piratas sarracenos, quienes, mientras navegaban hacia el sur de Italia entre clarines y trompetas, llenaban el cielo soleado con dardos envenenados.

Mientras que siempre me impresionó la vívida descripción que hacía mi padre de la historia, a veces dejaba de prestar atención durante esas conferencias largas y a menudo repetitivas que tenían lugar después de cenar entre la música suave, pero que a menudo me distraía, de Puccini y Verdi, procedente de los rayados discos de cristal de la vieja Victrola de mi padre. Y sin embargo, su vehemencia no me permitía olvidar su casi obsesiva necesidad de hablar de sí mismo, de explicarse y quizá justificarse mientras me describía su pasado y trazaba su odisea a lo largo del mar Tirreno hasta París y posteriormente a través del océano Atlántico hasta la orilla de Jersey, donde ahora me tenía como público cautivo. A mí me podía confesar su angustia y, posiblemente, su culpa, o al menos revelar un lado de sí mismo que su gusto sartorial por las apariencias le impedía mostrar más allá de los muros de su apartamento rodeado de espejos.

De manera irónica, mientras suspendía el curso de la historia de los Estados Unidos en el colegio —donde también me veía sometido a difamaciones étnicas por parte de unos cuantos muchachos católicos irlandeses cuyos hermanos mayores acababan de participar en la conquista de Sicilia—, bajo la tutela de mi padre me estaba convirtiendo en un erudito renuente en la historia de la punta sur de Italia, la cual, si los peores temores de mi padre se materializaban, pronto quedaría borrada del mapa.



Quizás eso explicaba su determinación a ilustrarme acerca de su historia, para que, al igual que él, yo mantuviera viva su recóndita historia contándola una y otra vez, y me enorgulleciera, al tiempo que encontraba consuelo, al poder relacionar a Italia con la rica cronología anterior a su alianza con la Alemania nazi.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).